

VIII CURSILLO SOBRE FLORA Y VEGETACION EN EL PIRINEO
Jaca, 21 al 25 de Julio de 2003

Dinámica del paisaje en el macizo de San Juan y Sudoruel

Pedro Montserrat

Las disciplinas académicas suelen fragmentar la realidad, simplifican para el análisis, pero la síntesis globalizadora es deficiente y con frecuencia falta por completo. Sin embargo, la Naturaleza nos muestra unos paisajes, sistemas naturales organizados por la coevolución de sus elementos durante millones de años, algo que resulta difícil de interpretar con la mentalidad de geógrafo descriptivo y sin embargo nos conviene conocer para mantener sus potencialidades por el uso apropiado.

Las ciencias relacionadas con el paisaje no escapan a lo enunciado antes, pero la ecología terrestre ha desarrollado un *enfoque funcional* que comprende y describe la problemática de tanta diversidad ambiental. Establecemos “analogías” entre funciones reguladoras tanto a nivel individual (fisiología) como las realizadas en comunidades (ecología). Por su importancia tan generalizada nos conviene destacar la función *eficiente* (larga vida y uso de recursos propios) distinguiéndola de la *potente* (renovación rápida con recursos foráneos); el abuso de recursos externos conduce a la *eutrofización*. Las bacterias simbolizan la potencia mientras el árbol tipifica una eficiencia que usa sus recursos y además estabiliza.

Un ejemplo tomado del *rumiante* y su *fisiología* ilustra lo dicho. En la panza de una vaca tenemos *bacterias* potentes (se renuevan en horas o minutos) que precisan la “entrada” de hierba y unas estructuras “permanentes” (lengua para “segar”, dientes que trituran, saliva y panza) o sea estructuras eficientes que aseguren la continuidad. El *bosque* tan eficiente tiene troncos que duran siglos y hojas que se pueden renovar en menos de un año; la capacidad de renovación distingue al potente que debe recibir, o sea necesita “conducción”, suministro. En las comunidades terrestres hay vías de suministro para mantener al potente, lo que implica tener comunidades permanentes y por lo tanto “acogedoras”.

Cada bosque forma unidad ecológica, se comporta como una entidad que responde al clima general y tiene partes con sus climas locales e infinidad de microclimas; en el bosque, la variación fundamental se debe al consumo de materia vegetal por herbívoros *chupadores* (pulgones, cigarra), *defoliadores* (muchos insectos), *ramoneadores* (razas rústicas de rumiante y équido), los que *pastan*, y quienes *hozan* el borde forestal (jabalí), etc. Siempre hubo consumo de planta por animales variados y por “el hombre”; por lo tanto, nos conviene considerarlo cuando “imaginamos” la *sindinamia* en comunidad vegetal hacia una *clímax* o etapa final “virtual”, un concepto importante que solemos mitificar.

Cada *consumo* propició la evolución para regenerar lo sustraído. Así, las hojas se renuevan desde hace millones de años y solo quedaron las plantas que -en cada circunstancia- podían sobrevivir y... prosperar. Si miráis la planta llamada *Lotus alpinus* y caváis el suelo, su raigambre, os maravillará ver tanto renuevo iniciado, preparado para substituir con rapidez al brote pasado. La teoría de sistemas indica que si hay sustracción es porque la renovación puede soportarlo: da lo mismo conocer la renovación o lo consumido. Es el concepto ecológico de la explotación natural.

En este paisaje pirenaico que contemplamos tenemos ejemplos de consumo por los rebaños, cultivos itinerantes (articas antiguas hoy día abandonadas), otros propiciados por la inversión foránea (subsidios europeos) y en especial los producidos por unos incendios que fueron importantes “siempre”. Ahora que abandonamos el consumo tradicional es el incendio que lo hace y desde la cresta de San Salvador veremos ese

paisaje gris-garzo (poco verde), de un color que indica escasa fertilidad, con los suelos destruidos por el consumo anárquico, expoliador; ¡es una pena!. Allí comentaré la importancia de una finca llamada Esporret con sus pastos verdeantes que “pudieron” detener un incendio terrible hace años.

Estas generalidades nos introducen o preparan para describir unos aspectos concretos de lo que veremos en San Juan de la Peña. Hay un libro publicado por su Hermandad, en el que con E. Balcells y C. Pedrochi describimos su flora, con mapa de vegetación y la fauna. Conviene resumir lo esencial relacionándolo con la vegetación y flora del Pirineo.

El Pirineo emergió antes que los Alpes y la Depresión media fue rellenada por sedimentos (arcillas eocénicas) y unos aportes torrenciales que dieron conglomerados, situados en la parte superior algo cóncava, mientras la parte meridional fue rellenada por aportes terrestres con alternancia de arenitas y suelo arcilloso. Esta parte meridional ha sido esquilmada por mal uso de recursos y sufrió incendios reiterados. La de Oroel tuvo una repoblación de pinos durante los años veinte del siglo pasado (Pardina de Ordolés) que ahora destaca en el paisaje hacia el río Gállego, municipios de Jaca y Las Peñas de Riglos.

La vertiente norte y en especial NE recibe nieblas procedentes del Cantábrico que penetran por la Burunda-Canal de Pamplona y Berdún; con influencia (precipitación horizontal) que se nota en los hayedos filtradores de nubes y así se propicia la persistencia del abetal tan exigente. Hay pino silvestre natural y se han repoblado en el llano de San Indalecio, pero queda también pino larico, el negral o *Pinus nigra* subsp. *salzmannii*, magestuoso entre los pinos que tenemos en España. Los incendios han sido constantes a lo largo de la historia, hasta la destrucción del Monasterio, y lo indican unas especies pirófitas tan significativas como el *Geranium bohemicum* del que persiste su semilla durante decenios y acaso siglos en el suelo; una tala de pino entre Monasterio Nuevo y el Mirador del Pirineo hizo que reapareciera muy abundante durante los años sesenta.

Las nieblas frecuentes y el agua del Monasterio viejo propician una flora eurosiberiana con árboles tan exigentes en humedad ambiental como el tilo, olmo de montaña, fresnos, las hayas con abetos, serbales, acirones, avellano, etc. Es un enclave tan especial que atrae a los aragoneses que suben desde sus arideces. Los valles encajados, regatos, acantilados y las crestas que visitaremos, albergan plantas raras y algunas son endémicas en esta parte prepirenaica.—2-VII-03.